

CAÑAMO



NÚMERO 59 Noviembre Sólo Adultos
3,70 euros

CAÑAMO

LA REVISTA DE LA CULTURA DEL CANNABIS

El bus lisérgico

***Escohotado
y Alaska conversan***

***¿Cuánto hachís
puedo llevar?***

INTERNATIONAL



www.canamo.net



EDITORIAL	6
Cáñamo CF	8
RELATOS SUBJETIVOS: "Carta"	10
ANTIPROHIBICIÓN:	
"El número de coffee shops en Holanda se ha reducido un 1% desde el año 2000"	12
"Las contradicciones del control de drogas"	14
CONSULTORIO LEGAL: "¿Cuánto hachís puedo llevar encima?"	16
SEÑALES DE HUMO	18
CARTAS AL DIRECTOR	26
MEDICINA: Entrevista: Franjo Grotenhermen, de la IACM	28
MENTALIDAD IMPOSIBLE: "Lisonja de los sentidos"	36
ECOLOGÍA: "Cáñamo y sonrisas de Nepal"	38
"Congreso Mundial por la Vida" y "Cannabis, negocios & bier"	40-42
Alaska y Escocotado: conversación en torno a una moral ficticia	44
On the Bus; Further, el bus lisérgico	52
La razón biológica: los ensayos clínicos con enteógenos	60
MEMORIAS DE LA DÉCADA PRODIGIOSA: Aldous Huxley	68
ENFOQUE GLOBAL: cultivos	70
LEER Y VER	72-73
EL TERCER OJO DE JUAN MOTA	75
Día Internacional para la Tolerancia	76
"Cañamones bajo sospecha"	78
AUTOCULTIVO: Criadores de cannabis: Scott Blake (Mr Nice Seedbank)	80
Cosas de interés sobre la fertilización (I parte)	84
Transporte y logística de las plantas (II parte)	86
Soma: Cultiva con sabiduría II	88
CARTAS Y FOTOS DE LOS LECTORES	90
PSICONÁUTICA: Hongos en Palenque: un viaje a la placentera irracionalidad	100
La maldición de los faraones	106
V Jornadas Internacionales sobre Enteógenos en Barcelona	108
Curiosidades Antropológicas: "Drogas para combatir, I parte"	110
LA PLANTA DEL MES: Ipomea, <i>Ipomea violacea</i>	112
COCINA CANNÁBICA: Caracoles de monte con pulpito y setas	114
EL ZOCO DEL BABÁ	116
SELECTOR	117
COLGADOS EN LA RED	126
Pasatiempos	127
AGENDA	128



DROGAS PARA COMBATIR (I parte): Los guerreros masái

GIORGIO SAMORINI

TRADUCCIÓN: SARA SEUBA

Los guerreros masái de Tanzania eran conocidos por su agresividad y violencia, pues superaban de largo en ellas a sus asustadas tribus vecinas.

Apenas alcanzada la edad idónea para convertirse en guerreros, los masái eran sometidos a un rito iniciático de tipo militar-religioso durante el cual los jóvenes eran iniciados también a las “drogas para combatir”. Se les administraba una docena de diferentes drogas, cada una adaptada a una específica acción agresiva: masticaban raíces de una especie de las *Albizia* antes de salir a cazar animales veloces, la corteza de una *Acacia* cuando iban a la caza del león, o bebían una infusión de una especie de las *Mimosa* cuando se preparaban para la batalla contra otra tribu.

Todas estas sustancias con propiedades excitantes, los guerreros masái (*morán*) parecen conocerlas muy bien, incluso han elaborado una terminología específica para describirlas y clasificarlas.

Apenas entrados en la secta de los guerreros, los jóvenes *morán* estaban impacientes por demostrar su fuerza y coraje, por superar cuanto antes el estado del *ebor alem*, es decir, el de aquel que “todavía no ha manchado su lanza de sangre”. Después, durante los años que prestaban servicio como guerreros, sus actividades estaban asociadas a un notable uso de “drogas para combatir”.

En los campamentos, los guerreros tenían colgadas en sus cabañas tripas y vejigas de los animales cazados, henchidas de infusiones de raíces y cortezas psicoactivas, y en los días previos a la batalla contra otras tribus bebían solamente estas infusiones, aunque fuera para quitarse la sed. De este modo llegaban a alcanzar el estado de furor, con la boca llena de baba y los ojos sanguinolentos fuera de sus órbitas, que aprovechaban para lanzarse al ataque contra el enemigo.

El tipo de sustancia y la cantidad eran decisión de los jefes guerreros, que son tanto jefes militares como religiosos; ellos establecían las dosis a consumir por la tropa según el esfuerzo físico y el coraje necesarios para cada acción belicosa.

Durante las escaramuzas contra los colonizadores europeos, los cronistas refieren que batallones de entre 100

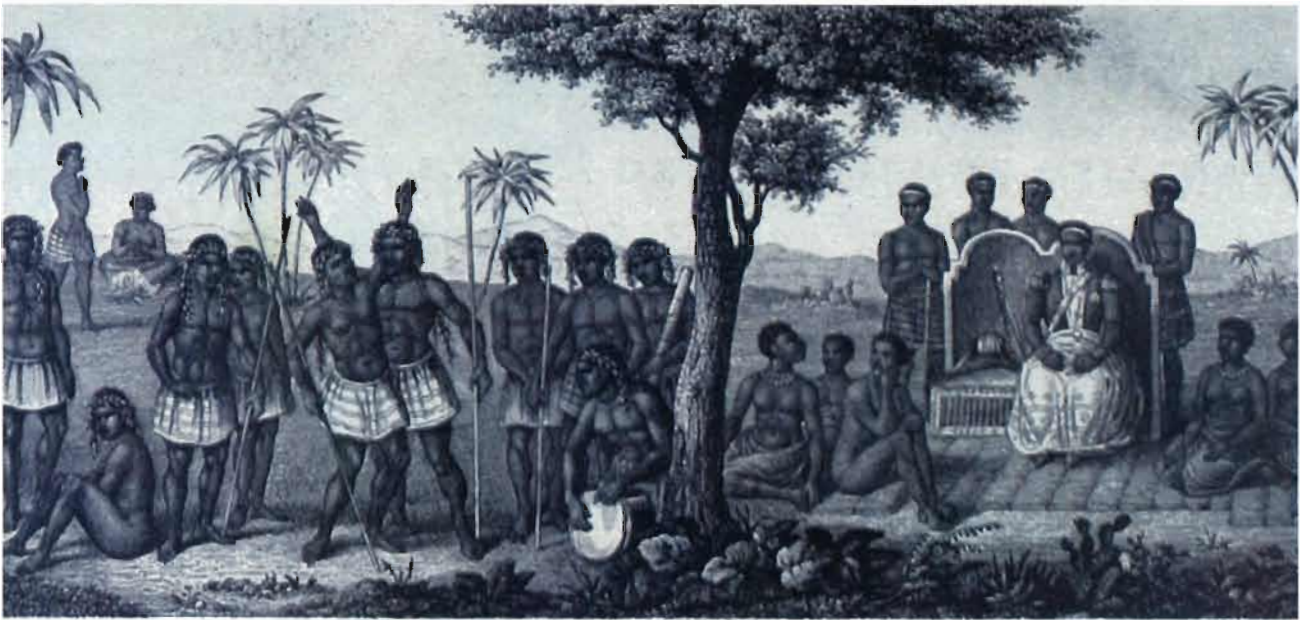
a 150 guerreros masái se movían velozmente de un extremo al otro del área en conflicto, armados sólo con sus temibles lanzas y cargados de bolsas con cortezas y raíces que iban masticando continuamente. Esto les permitía recorrer en un día hasta 80 kilómetros, sorprendiendo y atacando aquí y allá a las tropas coloniales.

Como en cualquier raza humana, algunos masái no responden a las drogas o soportan sus efectos en menor medida que otros guerreros. Por culpa de esta carencia del efecto de las drogas de combate en ellos, el guerrero se muestra menos valeroso y audaz y acaba siendo etiquetado como os *sioki*, o sea, un cobarde. Los os *sioki* tienen la vida difícil en el interior del grupo tribal, pues son mal aceptados y los últimos en disfrutar de todos sus derechos.

En el caso de que los eventos bélicos se prolongaran algunas semanas, los guerreros seguían tomando las drogas de combate y con frecuencia alcanzaban un especial estado de furor incontrolable al que llamaban *em boskona*. Se trata de un ataque de agresividad que se preanuncia con un alarido inhumano. El guerrero entonces es poseído por fuertes convulsiones musculares y su piel, ya oscura de por sí, se hace aún más negra. Superado el estado convulsivo, el guerrero se ve sujeto a una irresistible violencia y se precipita armado contra cualquiera que tenga a su alrededor, sin darse cuenta de si es enemigo o amigo. Es una “crisis de nervios”, inducida por la prolongada ingesta de sustancias para combatir, que va acompañada de una pérdida parcial de la conciencia.

Dentro de los campamentos de guerreros masái, cuando uno de ellos emite este alarido los otros se alarman y previenen sus acciones dañinas desarmándolo y atándolo con cuerdas. Estos ataques de *em boskona* no son deplorados por la comunidad, al contrario, son considerados de naturaleza divina y, con las debidas precauciones, son momentos aceptados e integrados en la vida cotidiana del guerrero masái. A menudo algunos simulan un ataque de *em boskona* ante los demás guerreros a fin de demostrar su fuerza y su resolución.

El objetivo de la ingesta de estas drogas no reside sólo en las propiedades excitantes que producen en el cuerpo, sino que el estado de excitación influye también en la



Grabado del siglo XIX de una tribu masái

mente (mejor dicho, la excitación es guiada por la mente) y el efecto principal, en un contexto violento, es el incremento de valor que la excitación provoca.

Los expertos militares de todos los ejércitos saben bien que el valor de sus tropas es un componente esencial en la acción bélica, por ello han elaborado técnicas –muchas de tipo psicológico– para exaltarlo. Desde siempre se ha prestado mucha atención al empleo de sustancias psicoactivas, bien fuera para inhibir los sentimientos pacifistas (endorfinicas), alimentar la agresividad (adrenálicas) o, directamente, desencadenar estados de furor (serotonínicas u otras).

En la cultura militar europea, desde tiempos de los romanos, la droga más difundida entre los combatientes para el momento de entrar en batalla ha sido el alcohol. Pero los vinos y licores infunden el valor de modo indirecto y torpe, menguando el “reflejo combativo” que debe acompañar al acto de valor. En nuestra era moderna, las anfetaminas han sustituido al alcohol, y otras drogas, aún más eficaces y específicas, han sido adoptadas por los marines y unidades especiales de los modernos ejércitos. Las fórmulas de estas “superanfetaminas” no son conocidas públicamente, pues se elaboran y se mantienen en secreto entre las élites de la medicina militar.

Muchos de nuestros lectores saben cómo la CIA (véase “Mk-ultra: Operación Control Mental”, CAÑAMO, núm. 56) se interesó por el LSD como posible droga bélica, aunque de todo lo demás que han hecho los militares, de todo cuanto intencionadamente se refiere al campo de batalla, continuamos sabiendo muy poco. Si pudiéramos disponer de análisis de la sangre de los caídos durante las guerras de estos últimos decenios, nos encontraríamos con multi-

tud de referencias positivas sobre las drogas más disparatadas; algunas legales, pero muchas ilegales, y otras seguramente desconocidas aún por la ciencia oficial.

En muchas circunstancias, las drogas, o su carencia, han desempeñado un decisivo papel en las batallas, y los almacenes donde se guardaban eran custodiados con tanto celo como se vigilaban los arsenales y los depósitos de carburante. Así, durante el pasado conflicto entre Etiopía y Somalia, los cañones antiaéreos de ambos contendientes disparaban contra cualquier avión extraño, ya fuera civil o militar, pero se cuidaban muy mucho de abatir al avión que cada día suministraba *khat* a los dos ejércitos. El *khat*, extendida sustancia vegetal excitante de aquellas regiones, debe ser masticado cuando aún está fresco, pues de otro modo pierde sus propiedades psicoactivas, por lo que eran necesarias grandes cantidades diarias para las tropas atrincheradas; así que el avión cargado con fresco *khat* procedente de Yemen podía aterrizar en el lugar acordado a lo largo del frente de guerra sin correr ningún riesgo mientras a su alrededor se intercambiaban tiros y cañonazos.

¡Cuántos soldados no han regresado de la guerra enganchados a las anfetaminas o al alcohol! Los masái se entregan al consumo de las “drogas para combatir” solamente durante los años en que son guerreros. Cuando se casan, además de abandonar las armas, abandonan las drogas. Y sólo esporádicamente, con ocasión de los encuentros conmemorativos entre los ex guerreros, consumen un poco de estas sustancias para recordar los buenos tiempos de la pasada juventud, cuando llenos de energía y con baba en la boca alzaban su lanza manchada de sangre. 🍀